

ANTEPASADOS, BODAS Y FUNERALES

Antepasados

Quien luego se conocería como Felipe II, nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. El Emperador Carlos, su padre, pese a encontrarse henchido de gozo, decidió suspender los festejos populares, organizados para celebrar el natalicio, a consecuencia del *Sacco* de Roma.

Don Felipe era hijo de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (1500-1558) y de la Princesa Isabel de Portugal (1501-1526). A su vez, su padre procedía del matrimonio entre Juana I de Castilla (1479-1555), apodada *La Loca* y Felipe I, *El Hermoso* (1478-1506).

La familia arrastraba lo que hoy consideraríamos una terrible carga genética. De estos temas empezó a hablar Gregorio Mendel (1822-1884)⁵. Sus estudios no tuvieron repercusión hasta 1900, año en el que volvieron sobre sus pasos Hugo de Vries (1848-1935), Carl Correns (1864-1933) y Erich von Tschermak (1871-1962), iniciándose una fortísima vía de investigación en ese ámbito. Por tanto, los conocimientos que ahora poseemos eran totalmente ajenos a la época estudiada. Los protagonistas de esta historia lo desconocían casi todo sobre el tema.

En el caso del Príncipe Don Carlos, pese a las impresiones e interpretaciones aportadas por la historiografía, posiblemente no tuvieron una importancia decisiva.

En este y en otros campos del saber médico, durante el Renacimiento se conocía lo procedente del *corpus hipocraticum*⁶. Según el mismo, el origen de la enfermedad –nunca debida a los dioses– podía ser externo o interno. Dentro de esa segunda raíz se consideraba, en primer lugar: la *disposición específica, racial o individual, el sexo y la edad*; en segundo: las *enfermedades congénitas y hereditarias* y, en tercero: la *herencia condicionada por el medio*.

En consecuencia, tenían alguna idea de la posible transmisión familiar de enfermedades innatas, por medio de “*la sangre*”, aunque desconocían los mecanismos íntimos de la misma, a través de los cuales podían haberles puesto remedio.

Las creencias religiosas, tanto católicas como protestantes, prohibían el incesto por razones de tipo moral. Consideraban no sólo el cometido entre familiares de primer grado; también si el comercio sexual se producía entre una persona y el hermano

⁵ GOMIS, Alberto (2000).

⁶ LAÍN ENTRALGO, Pedro (1987); LÓPEZ PIÑERO, José María (2002).

o la hermana de quien hubiera estado casado con ella, aunque no tuvieran parentesco diferente de la boda.

Estas limitaciones religiosas hubieran sido biológicamente útiles para evitar los problemas de la consanguinidad, pero tropezaban con las ideas preponderantes sobre el origen del poder y con los condicionamientos económicos. Según las primeras, la autoridad para gobernar un reino, o cualquier otro espacio geo-político, procedía directamente de Dios. Se manifestaba a través del alumbramiento de un vástago, obtenido tras un matrimonio acorde con los mandamientos eclesiales. Los *señores naturales* ejercían, por tanto, un dominio delegado del Altísimo y, mientras siguieran sirviéndole dentro de sus leyes religiosas, se consideraban a sí mismos y les consideraban sus contemporáneos, aristócratas o pueblo llano, poseedores de una relación directa con lo divino que, a su vez, en cierta manera los divinizaba. A consecuencia de ello, la autorización eclesiástica para contraer matrimonios consanguíneos se otorgaba, a las familias reinantes y a los Grandes, con extrema facilidad, casi de manera automática. No se consideraba que con ello peligrase la moral, mientras eran muy restrictivas para el resto de los mortales, aunque también los nobles y algunos hombres ricos deseaban hacer matrimonios dentro de los límites familiares para favorecer sus mayorazgos. De ahí que la política matrimonial iniciada de manera brillante por los Reyes Católicos, se transformara con el tiempo en una auténtica maldición para los Habsburgo, entrelazados por una estrecha maraña de uniones entre parientes muy cercanos, si bien –repito– estas consideraciones eran absolutamente ajenas a sus preocupaciones, pues nadie poseía constancia alguna de lo que ahora sabemos.

Incluso si hubieran tenido cuidado con sus emparejamientos para no perpetuar enfermedades en su estirpe, tampoco se hubieran preocupado por la locura. Ya he señalado que no se consideraba algo merecedor de ser tratado médicamente, sino una circunstancia íntima con derivaciones sociales y legales. Nada pues que reprochar a los Austrias; sólo lamentarse del desconocimiento científico de su época y de su soberbia personal y familiar, al considerarse por encima de las limitaciones morales de su tiempo.

Los ataques que posteriormente lanzó Guillermo de Orange (1533-1584) a Felipe II, acusándolo, entre otras cosas, de incestuoso, son de tipo moral, emitidos para convencer a sus súbditos de que era un mal cristiano y, por tanto, debía ser removido de sus derechos como señor natural de los flamencos.

La historia de las “*bárbaras*” consanguinidades⁷ comienza con el matrimonio entre Juan II de Castilla (1405-1454) e Isabel de Portugal (1428-1496). Casados en segundas nupcias, en Madrigal de las Altas Torres, el 17 de agosto de 1447. De ese matrimonio nacería Isabel I de Castilla, *La Católica* (1451-1504).

⁷ Así lo califica MARAÑÓN, Gregorio (1963) T. I, p. 275.

La Reina era hija del infante Juan de Portugal y de Láncaster (1400-1442) y de Isabel de Barcelos o de Braganza (1402-1466), nieta de Juan I de Portugal (1357-1433) fundador de la dinastía de Avis.

El Rey era hijo de Enrique III *El Doliente* (1379-1406) y de Catalina de Láncaster (1373-1418).

Hubieron de recibir dispensa papal de Eugenio IV (1383-1447) por la consanguinidad de ambos.

Tras la muerte del Rey, doña Isabel empezó a sufrir trastornos mentales. Se concretaron en un fuerte decaimiento, extravagancias en la manera de comportarse y una religiosidad extrema utilizada como refugio. Su hijastro, Enrique IV de Castilla (1425-1474), producto de la primera boda de su marido con María de Aragón (1403-1445), la mandó al castillo de Arévalo (Ávila), en donde fue encerrada. Allí convivió durante algunos periodos con sus vástagos y no salió del aislamiento ni cuando su hija, Isabel La Católica, fue proclamada Reina de Castilla.

El segundo miembro de la familia con evidentes trastornos mentales fue una nieta suya: Juana I de Castilla, *La Loca*. Sobre su salud mental no hubo duda alguna en su época. Tras la muerte de su marido, Felipe I de Castilla, *El Hermoso*, fue confinada en Tordesillas por su padre, Fernando II de Aragón, el *Rey Católico* (1452-1516)⁸. Allí permaneció hasta su fallecimiento. Doña Juana sufrió crisis epilépticas durante su infancia; esas *alferecías* desaparecieron con la edad. Padeció asma y gota a lo largo de toda su vida. No favoreció en nada a su trato, en libertad y encarcelada, el público abandono de las prácticas religiosas, cuestión insólita en una Infanta primero y luego Reina de Castilla, ni que fray Tomás de Matienzo hablase de su corazón duro, crudo y sin ninguna piedad⁹. Tras cada parto sufrió lo que, en la actualidad, se han diagnosticado como brotes de esquizofrenia¹⁰, pese a que sus celos exagerados tuvieran causa real. El diagnóstico coincide con las percepciones de los médicos contemporáneos a ella, aunque evidentemente no le proporcionaron el mismo nombre.

Durante una estancia veraniega en el castillo de la Mota de Medina del Campo, en el año de 1503, los médicos de cámara, Soto y Gutiérrez Toledo¹¹ escriben a su padre, Fernando *El Católico*. En la carta le explican que duerme mal; come poco o nada; está flaca; a veces no quiere hablar; en ocasiones parece transportada... al tiempo que

⁸ LADERO QUESADA, Miguel (2016).

⁹ MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro (2007), pp. 148 y ss.

¹⁰ JUNCEDA AVELLO, Enrique (2001), pp. 55 y ss.

¹¹ Para saber más sobre los médicos Nicolás de Soto († 1524) y Julián Gutiérrez Toledo (1491-m. post. 1518), puede consultarse: ALONSO CORTÉS, Narciso (1951); CAMPOS DÍAZ, María Soledad (1999); GONZÁLEZ ARCE, José Damián (2011); FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1870); IBORRA, Pascual (1987); LÓPEZ PIÑERO, José María; LICK, Thomas F.; NAVARRO BROTONS, Víctor; PORTELA MARCO, Eugenio (1983).

nos proporcionan un testimonio de época sobre los métodos terapéuticos aplicados a los alienados:

Esta cura se suele hacer por amor e ruego, o por temor. El ruego y persuasión no lo recibe, antes ninguna cosa quiere tomar; pues por fuerza recibe tanta alteración y algunas veces tanto sentimiento de cualquiera pequeña fuerza que se le haga, que es lástima grande tentarlos, ni creo que nadie la quiera hacer ni ose; de manera que sobre los trabajos y cuidados inmensos que Su Alteza tiene acostumbrados, esto carga a menudo sobre la Reina N.S. y esta carta humildemente a V.A. suplicamos la mande luego quemar.

Es decir, tenían la percepción del trastorno mental de doña Juana, pero lo consideraban algo relacionado con la voluntad. Se podía curar, o bien mediante la súplica hacia la paciente, para conseguir que tomase los fármacos por ellos recetados y adoptara las actitudes consideradas adecuadas, o bien a través de la fuerza, con el fin de obligarle a hacerlo. No se daban cuenta –y la Medicina iba a tardar muchos siglos en percatarse- de que la enfermedad mental es una dolencia más, en la cual no incide la voluntad del enfermo en curarse o, mejor dicho, sigue su rumbo sea cual sea la voluntad del paciente. En eso se diferencia de otro tipo de enfermedades, en las cuales el estado psíquico puede favorecer o perjudicar lo somático y, a su vez, influir en él. Aquí lo dañado es casi inmune a la voluntad de curación del paciente. Por eso son tan difíciles de abordar. Ni siquiera hoy se conoce bien el fundamento biológico de algunas de ellas y sólo pueden encararse mediante la paliación de sus síntomas, en una época mediante camisas de fuerza o acogimientos en centros de alienados y, en la actualidad, por medio de medidas terapéutico-farmacológicas destinadas a paliar los síntomas, adoptadas de por vida.

En la actualidad se toma en consideración, para explicar la enfermedad de la Reina, la escandalosa conducta de su marido, junto a la maliciosa complicidad de muchos intereses en separarla del trono. Se le considera víctima de la herencia genética de su abuela y de los prejuicios de la época, en la cual se confundía la enfermedad mental con la posesión diabólica.

Durante el Renacimiento, la locura estuvo vinculada a ciertas nociones fisiológicas cerebrales. Esto implica que, las enfermedades a las que posteriormente se llamó mentales, para la Medicina renacentista, tenían que ver con un trastorno físico, absolutamente somático. Su peculiaridad estribaba en su relación con el cerebro. Pese a ello seguía siendo muy fuerte la idea de la posesión de los demonios, entrelazada con elementos culturales y jurisprudenciales. La Medicina quedaba en segundo plano de la escena. Eran otros los protagonistas del tratamiento: de carácter cultural, eclesial y jurídico. Se tardó mucho tiempo en efectuar la transición de lo sobrenatural a lo natural¹².

¹² TAMAYO GIRALDO, Gonzalo (2008) vol. II, pp. 129-139.

Aparte de los análisis finos de la situación histórica, los médicos contemporáneos coinciden en el diagnóstico. Para José Sanchís Banús (1893-1932)¹³, padeció una esquizofrénica catatónica, diagnosticada conforme a los trabajos del neuropsiquiatra alemán Ernst Krestchmer (1888-1964). La misma sería transmisible con carácter recesivo. Es decir que, de acuerdo a las teorías mendelianas de herencia genética, sus hijos estarían diez veces más expuestos a padecer la enfermedad que los otros, y un cincuenta por ciento de los mismos sufrirían anomalías psíquicas, más o menos graves, a lo largo de su vida.

Años más tarde, Vallejo Nájera también considera que sufrió esquizofrenia agitada, junto a depresión y catatonía¹⁴.

Su hijo, el Emperador Carlos, la mantuvo en su encierro y sufrió algunas consecuencias de su desgraciada herencia biológica.

Don Carlos nació en un excusado, mientras su madre Doña Juana asistía a una fiesta. En su infancia padeció algunos episodios epilépticos, varios de los cuales parece estuvieron unidos a crisis febriles. Desaparecieron con los años. No fue gran estudiante. No le gustaban las Matemáticas, la Filosofía o la Historia, pero fue políglota, buen cazador y guerrero, amante de la Música, interesado por los relojes y mapas, muy aficionado a los placeres del sexo y gran glotón.

En su aspecto físico destacaba su prognatismo y el labio belfo (más grueso de lo habitual). Su mandíbula desmesurada le ocasionó grandes dificultades masticatorias y para beber. Debía tener la boca constantemente abierta y no conseguía pronunciar bien. Algunos de sus discursos eran difíciles de entender, si creemos a los embajadores venecianos. Era parco en el habla. En la actualidad se especula con que no se debía a timidez, sino a sus dificultades en la expresión debidas a la mala oclusión mandibular. En su época se le conoció por su temperamento melancólico.

Un avisado embajador veneciano, Gaspar Contarini, le considera de compleción melancólica, mezclada con temperamento sanguíneo. Lo que hoy diríamos maniaco depresivo o bipolar. Sus depresiones –aunque mencionarlas con ese término resulte absolutamente ajeno a la época- son evidentes: desde su abdicación, a la celebración de sus funerales en vida o las cartas escritas durante su huida de Innsbruck, ante la llegada de las tropas de Mauricio de Sajonia (1521-1553), nos dan cuenta de un estado mental profunda y patológicamente decaído, mientras los periodos maniacos le permitieron convertirse en el gran monarca guerrero que fue.

¹³ SANCHÍS BANÚS, José (1927).

¹⁴ De Doña Juana se han ocupado muchos historiadores generales y de la Medicina. Entre ellos: COMENGE, Luis (1895), pp. 159-206. JUNCEDA AVELLO, Enrique (2001); PFANDL, Ludwig (1999); VALLEJO-NAJERA, Juan Antonio (1986).

Se especula también con las dificultades masticatorias que le llevaron, en primer lugar, a tener numerosas caries y a perder varias piezas dentales y, en segundo, a dificultades digestivas tratadas con enemas constantes. Padeció gota, como la mayoría de los aristócratas y alto clero de su época, pues las teorías alimentarias galenistas sólo consideraban alimentos a los animales, no a las plantas, tenidas esencialmente por medicamentos. De esta manera, quienes se lo podían permitir, se alimentaban esencialmente de carne, procedente de animales domésticos o salvajes, y acababan con gota atribuida a circunstancias que hoy nos parecen absolutamente peregrinas.

Los historiadores de la Medicina achacan su dolencia durante la batalla de Mülberg, a una hepatitis viral y algunos creen que, al final, padeció diabetes mellitus con síntomas de polifagia, pues comía y bebía en exceso.

Su postrera enfermedad pudo ser paludismo, tan frecuente en la España de la época¹⁵.

El Emperador se casó, el 11 de mayo de 1526, en los Reales Alcázares sevillanos, con su prima hermana, Isabel de Portugal (1503-1539), hija de Manuel I de Portugal (1469-1521) y de María de Aragón (1482-1517), la segunda esposa del monarca portugués.

Esa unión no mejoraría la amplia lista de anomalías físicas y lacras psicológicas a las que se enfrentaron sus descendientes: su hijo Felipe II¹⁶ y su nieto Carlos.

La boda

El Príncipe Don Felipe no tuvo una infancia y adolescencia fáciles. Educado en ausencia del padre, empeñado en sus múltiples empresas europeas, creció junto a su madre Isabel, una mujer fuerte y afectuosa. Lamentablemente para él, su fallecimiento –como el de casi todas¹⁷– se produjo muy joven, a consecuencia de un parto en el año 1539, cuando su primogénito contaba sólo doce años de edad. El Emperador, extremadamente afligido ante el óbito de su esposa, considerada una de las mujeres más bellas de su tiempo, adoptó una actitud acorde con la condición de melancólico atribuida por sus contemporáneos: se retiró a un monasterio. Encargó a su jovencísimo hijo la dolorosa tarea de presidir la comitiva que trasladó el cadáver desde Toledo

¹⁵ GARGANTILLA, Pedro (2005); KOHLER, Alfred (2000); SERRADILLA MUÑOZ, José V. (s.f.).

¹⁶ Para conocer las enfermedades padecidas por el Rey Prudente: OLVEROS DE CASTRO, María Teresa; SUBIZA MARTÍN, Eliseo (1956); PUERTO, Javier (2002).

¹⁷ MARTÍNEZ GIL, Fernando (2000); PÉREZ MOREDA, Vicente (1980); PÉREZ MOREDA, Vicente; SVEN REHER, David (eds.) (1988); PÉREZ MOREDA, Vicente; SVEN REHER, David; SANZ GIMENO, Alberto (2015). Señalan cómo, pese al aumento de población experimentado durante el siglo XVI, la mortalidad post partum, la expectativa de vida de los neonatos y los fallecimientos durante el parto siguieron siendo “pavorosos” por su abundancia.

hasta la Capilla Real de Granada, en donde le dieron sepultura. Desde ese momento el heredero permaneció solo, aunque dirigido siempre en su formación por su padre, o bien personalmente o bien mediante *instrucciones*, redactadas o dictadas personalmente.

Don Carlos, que había tenido una vida privada agitada y en política había efectuado diversos intentos para gobernar con relativa tolerancia en los temas religiosos, volcó todas sus intransigencias en su hijo y éste las recibió, como el resto de su legado, con sometido amor filial.

A partir de la muerte de doña Isabel, Felipe afianzó su religiosidad y la unió a una renovada veneración por su madre.

No demasiado buen estudiante, sus preceptores le ayudaron a adquirir un gran amor por los libros. Llegó a leer en latín, griego, algo de hebreo y arameo; conoció la cultura, lengua y tradición árabe, para intentar comprender a sus súbditos moriscos, y se informó sobre las Indias Occidentales, aunque nunca llegó a dominar el francés. Visitó la Universidad de Alcalá de Henares, recibió a numerosos eruditos y se interesó mucho en los temas teológicos y bíblicos.

En el aspecto físico de su formación era un gran cazador y se adiestraba exitosamente como soldado.

Entre sus placeres o pasatiempos estaba la diversión con los loquillos y bufones de la Corte –mantenida a lo largo de toda su existencia– y la afición por la música, la danza y el dibujo, así como su gran pasión por el coleccionismo artístico.

En junio de 1541, Carlos I anunció que, el entonces Príncipe Felipe, se casaría con la princesa María Manuela de Portugal, hija de la hermana de su padre y del hermano de su madre; por tanto, doble prima carnal del contrayente.

El coeficiente de consanguinidad del hijo que naciera de esa unión, el futuro Príncipe Don Carlos, ha sido calculado en el 0,211, prácticamente el mismo atribuible a los hijos de un matrimonio entre hermanos (0,25)¹⁸.

Los dos novios habían nacido el año 1527. Felipe, el 21 de mayo, en Valladolid. María Manuela, el 15 de octubre, en Coimbra (Portugal). La novia era casi cinco meses más joven que el contrayente; ambos estaban en la adolescencia.

Las bodas se celebraron por poderes en la ciudad portuguesa de Almeirim el 12 de mayo de 1543 y, en persona, en la catedral vieja de Salamanca, el 21 de mayo del mismo año. Es decir, Don Felipe tenía dieciséis años y a la contrayente le faltaban casi cinco meses para cumplirlos. Por consiguiente, además de adentrarse con su unión –evidentemente sin saberlo– en lo que hoy llamaríamos un complicadísimo y

¹⁸ PARKER, Geoffrey (2015), p. 244.

peligroso futuro genético, también eran biológicamente inmaduros para la concepción. Tan poco maduros que la joven esposa todavía no había alcanzado la menarquía. La impaciencia por dejarla embarazada les hizo a los médicos cortesanos –como harían más tarde con otras de sus esposas- abordar la posibilidad de acelerar el proceso mediante remedios peregrinos. Consistían, las más de las veces, en sangrías debilitadoras, molestas, desagradables e inútiles¹⁹. A principios de 1544 tuvo su primera menstruación y al poco tiempo quedó embarazada.

Aunque algunos autores las consideran magníficas, las relaciones entre los jóvenes esposos no fueron excesivamente buenas. Ni uno ni otro deseaban la unión. Simplemente cumplían la voluntad de sus padres sin conocerse. A Don Felipe le hicieron llegar un retrato de su futura esposa y la descripción de la misma. Aunque algo llenita, la consideró muy hermosa. Cuando la conoció personalmente, al parecer ansioso por las expectativas creadas, la realidad le desilusionó bastante. Le pareció excesivamente gruesa.

En cuanto se derogaron las órdenes draconianas del Emperador para que tuvieran separados a los contrayentes, luego de las prácticas realizadas sobre la novia con el fin de acelerar su primera menstruación, le dieron acceso a la misma, no sin antes haberle prevenido su padre sobre la moderación sexual, por considerarla debilitante, e incluso mortal, en las personas jóvenes. Tenía la errónea convicción de que el heredero de los Reyes Católicos –el Príncipe Don Juan (1478-1497), quien se casó a los diecinueve años, muy joven pero no tanto como el Príncipe Felipe- había fallecido, en Salamanca, seis meses después de su boda con Margarita de Austria (1480-1530), a consecuencia del exceso desmesurado del coito entre los jóvenes esposos. Por eso le aconsejaba imitarle en su piedad y en su buena formación intelectual, pero no en sus costumbres sexuales.

El Emperador hacía honor a ese adagio popular: “*haz lo que te diga, no lo que yo haga*” y, como todas las personas atribuladas o culpabilizadas por algún aspecto de su propia vida personal, se ponía muy insistente con su hijo.

Sus mandatos y la afición puesta por el ayo, Juan de Zúñiga Avellaneda y Velasco (1488-1546)²⁰, en cumplirlos, bien pudieran haber creado algún tipo de complejo psicosexual en el futuro Rey Prudente, si analizáramos el tema con ojos y conceptos actuales. Si bien el joven Príncipe siempre fue muy obediente a los deseos de su padre y tuvo excelente relación con su ayo, lo cual atenuaría lo enervante de la situación.

El día de su boda, la real pareja sólo estuvo junta dos horas y media. Pasado ese tiempo, irrumpió en la alcoba Don Juan de Zúñiga y se los llevó a cada uno a cama diferente en distinto aposento. La costumbre continuó. Por el día no les dejaban solos

¹⁹ BRUQUETAS, Fernando; LOBO, Manuel (2016), pp. 65-66.

²⁰ ESCUDERO, José Antonio (2002).

y por las noches les “*apartaban*” a una determinada hora, como si de la cría de animales de raza se tratase. Por una parte, tenían la urgencia propia de todas las familias nobles, y más de las reinantes, en tener un heredero que asegurase el linaje y, por otra, sus prejuicios, la excesiva juventud de los contrayentes y el miedo –siempre presente a una muerte prematura por fiebres, “*pestes*”, es decir procesos infecciosos o cualquier otra causa, hoy en día banal, pero entonces imposible de atajar, no debió hacer nada agradable la vida íntima entre los jóvenes desposados.

Felipe empezó a alejarse y a frecuentar menos a su esposa. En enero de 1544, el Príncipe sufrió una enfermedad dérmica, la sarna. Hoy en día conocemos que la escabiosis es una enfermedad de la piel causada por un ácaro (un parásito microscópico). Penetra bajo la piel, cava túneles y deposita sus huevos en los mismos. Es bastante molesta. Provoca pequeñas erupciones y picazón. Es común en todo el mundo. Puede afectar a las personas de todas las edades y clases sociales y no tiene que ver con la falta de higiene, pero se contagia a través del contacto y de los actos sexuales. Además de un tratamiento farmacológico –en el presente sencillamente- requiere una limpieza a fondo de las habitaciones y de las ropas en donde pudieran encontrarse esos diminutos arácnidos, causantes de la enfermedad.

A consecuencia de la misma volvieron a sangrar al Príncipe (no fue la primera vez) y se retiró a Cigales (Valladolid), acompañado por el Duque de Alba, su ayo, Juan de Zúñiga, y los oficiales ordinarios²¹.

La separación entre los adolescentes, casi niños, esposos, parientes cercanos y realmente desconocidos entre sí, dio lugar a habladurías de desamor que llegaron hasta la Corte portuguesa. Este sentimiento no sería de extrañar. En él influirían las condiciones del contrato matrimonial, la enfermedad que posiblemente sería atribuida, en la intimidad, al contacto con la adolescente portuguesa pese a que llevaba más de dos semanas sin dormir con ella, la falta de atractivo de la misma para el gusto de Felipe y las instrucciones del Emperador a Zúñiga, sobre la precaución con el abuso del sexo matrimonial por parte del Príncipe dada su escasa edad. La leyenda del desamor se agrandó con la desgraciada muerte de María Manuela, a consecuencia de la cual los principales autores de la leyenda negra llegaron a atribuir a Felipe su asesinato²².

²¹ MARCH, José María (1941-1942) Tomo I, pp. 173 y 262.

²² BRATLI, Carlos (1940); FERDINANDY, Miguel de (1988); FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (2002); FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, P. Luis (1981); FERNÁNDEZ MONTAÑA, José (1882); FERRARA, Orestes (1961); GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan (1998); KAMEN, Henry (1997); LACARTA, Manuel (1994); LYNCH, John (1997); PARKER, Geoffrey (2015); PÉREZ, Joseph (1999); PETRIE, Sir Charles (1964); PFANDL, Ludwig (2010); PIERSON, Peter (1998); THOMAS, Hugh (2013); WATSON, Robert (1822).

Una muerte y un nacimiento

La historia de Don Carlos está plagada de equívocos grandes y pequeños.

Hasta en la fecha de su nacimiento los hay.

La Infanta portuguesa dio a luz, en Valladolid, al Príncipe Carlos, el día 8 de julio de 1545, festividad de San Quintín, a las doce y cuarto de la madrugada²³. Ahora bien, si esa fue la hora del alumbramiento, en realidad nació el día 9 de julio a las 0,15. Al ser así, ya no coincidía con la festividad del santo. Éste lleva el nombre de la ciudad francesa en donde se libró una de las más importantes batallas ganadas por el Rey Prudente durante su reinado, en 1557. Por ello muchos cronistas siguieron proclamando el día anterior como el de su nacimiento, para intentar resaltar milagrosas coincidencias cronológicas.

Con certeza todos estaban dichosos. Felipe había cumplido su obligación de proveer con un descendiente a su estirpe. María Manuela también se había comportado correctamente, en lo que se consideraba su principal misión como mujer, y lo había hecho al primer intento. El Emperador veía el futuro de su familia despejado y los cortesanos se regocijaban con que el “*orden natural*” siguiera su curso. El alumbramiento de un heredero del Príncipe católico no podía suponer sino un excelente augurio. El Máximo Artífice miraba con buenos ojos las intenciones de sus amados servidores mortales, los cuales eran designados y perpetuados en sus privilegios por su magnánima liberalidad, para continuar reinando en sus territorios. Pronto a todos les debió invadir un dolor y una perplejidad difícil de entender desde nuestras mentalidades actuales.

El parto fue trabajoso. Duró unas cuarenta y ocho horas con las matronas trabajando sobre la madre. En apariencia, la parturienta quedó bien²⁴.

El Príncipe escribió a su padre, el 9 de julio, dándole cuenta de la buena nueva y de la excelente disposición de su esposa²⁵.

Cuatro días después del alumbramiento había fallecido la Infanta portuguesa.

²³ AGS. Estado-Castilla leg. 69, f. 45, pp. 185-186. Cit. MARCH, José M. (1941) T. I, p. 104. Carta escrita por Ruy Gómez desde Valladolid, por encargo del Príncipe Felipe a su tía María de Austria, Reina de Hungría (1505-1558) del 9 de julio de 1545. El que el parto fuera un cuarto de hora pasada la media noche, hace que muchos historiadores indiquen que nació el día 9 de julio. El nacimiento lo cita: CABRERA DE CÓRDOBA, Luis; por MARTÍNEZ MILLÁN, José; MORALES, Carlos Javier (ed.) (1988), p. 13.

²⁴ AGS. Estado-Castilla leg. 69, f. 45, pp. 185-186. Cit. MARCH, José M. (1941) T. I, p. 104. Carta escrita por Ruy Gómez desde Valladolid, por encargo del Príncipe Felipe a su tía María de Austria, Reina de Hungría (1505-1558) del 9 de julio de 1545: “*El parto fue algo recio porque le duraron dos días los dolores*”...

²⁵ Carta del Príncipe Felipe al Emperador del 9 de julio de 1545 CODOIN, Tomo XXVI, pp. 467-469.

Al día siguiente del parto continuaba en buen estado. El siguiente tenía un poco de fiebre, pero estaba fuerte, alegre y le sentaba todo bien. En el tercero le subió la fiebre hasta hacerla delirar y, tal vez, tener convulsiones. El cuarto tuvo una ligera mejoría. Se atribuyó a una sangría efectuada en el tobillo, pero murió ese mismo día entre las cuatro y las cinco de la tarde²⁶.

El motivo de su fallecimiento siempre fue confuso. Unos lo achacaban a que se cambió de camisa a destiempo. Otros consideraban que se debió a comer un limón o un melón recién parida, lo cual es muy difícil de explicar, salvo desde la más pura superstición.

Según Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573)²⁷ quedó con fiebre luego del trabajoso parto. Las matronas, *por ignorancia y necia condescendencia*, asegura, le cambiaron de camisa. No la vendaron con la debida presión, ni administraron lo que la costumbre prescribía en esos casos. Por eso continuó la fiebre y murió pasados cuatro días.

La interpretación más pintoresca procede de Emanuel van Meteren (1535-1612). En su texto sobre la historia de los Países Bajos²⁸, asegura que la recién parida quedó al cuidado de dos altas damas de la corte: las camareras María Enríquez de Toledo y Guzmán († 1583), Duquesa de Alba, y María de Mendoza (1508-1587), esposa de Francisco de los Cobos (1477-1547). Ambas se habrían ausentado de la alcoba regia para asistir a un auto de fe y dejaron sola a la madre primeriza con las sirvientas. La Princesa pidió un limón, -en otras versiones se asegura que un melón-; las “ignorantes” criadas, privadas de la vigilancia de las “sabias” damas, se lo dieron y la fruta actuó como un veneno mortal²⁹. Su relato, copiado sistemáticamente por todo tipo de historiadores hasta la actualidad, tiene varios puntos inverosímiles. El primero es la ausencia de cualquier tipo de auto de fe, en esos días, en Valladolid.

²⁶ RODRÍGUEZ RAMOS, Prudencio (1994), pp. 23-32. Indica que probablemente nació de nalgas, tras un parto largo en el que las comadronas romperían la bolsa al comienzo convirtiéndolo en parto seco. Se muestra partidario de creer que se debió a fiebres puerperales.

²⁷ GINÉS SEPÚLVEDA, Juan; por CAPELA REAL, J; BELLIDO DÍAZ, J.A. (Eds. Trans.) (2008); cit. por FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis (1981), pp. 218 y ss. KAMEN, Henry (2012) cita como autor de la leyenda al cronista Prudencio Sandoval (ca. 1552-1620). Sin embargo, en su texto: SANDOVAL, Prudencio; SECO SERRANO, Carlos (ed.) (1955-1956) Libro veinte y siete, IV, correspondiente al año 1545 sólo dice: *Y pues he comenzado a llorar lástimas, diré una de harto dolor, que fue de la muerte de la serenísima princesa de España, doña María, mujer del príncipe don Felipe, señor único heredero de estos reinos. Murió esta malograda princesa en Valladolid, a doce días del mes de julio de este año. Parió al príncipe don Carlos el desdichado, a 8 de julio, a las once de la noche, entrando el día nono, según cuentan los astrólogos, que se engañaron harto en lo que de este príncipe dijeron, particularmente el maestro Antonio Pacheco, catedrático astrólogo de Coimbra, y de ahí a cuatro días murió, en domingo.*

Fue su cuerpo depositado en el monasterio de San Pablo de Valladolid.

²⁸ METEREN, Emmanuel van (1618).

²⁹ Así lo cuenta MIÑANA, Joseph Manuel (1804) T. IV, cap. III pp. 218-219.

Incluir en el fallecimiento prematuro de doña María Manuela el posible odio de su esposo y las llamas inquisitoriales, resulta más tremebundo y perjudicial para el crédito del futuro Felipe II, aunque no tenga ninguna relación con la verdad de los hechos.

Lo del melón y el limón, deja perplejos a la mayoría de los historiadores, de manera que alguno llega a afirmar que se atragantó con un trozo de melón y murió asfixiada.

Veamos lo que se creía en la época sobre esas frutas. El médico Lobera de Ávila (fl. 1530), estudioso de las enfermedades cortesanas, advierte que los melones engendran humores y son causa de algunas fiebres. Pese a ello no desaconseja su consumo, el cual fue muy frecuente en la corte del Rey Prudente a quien le gustaban mucho. Sólo sugiere tomarlos antes del resto del alimento y no beber luego agua sino, en todo caso, un trago de vino³⁰.

De los limones, Andrés Laguna, en su *Materia Medicinal de Dioscórides*, no dice nada inconveniente. Por el contrario, los considera muy útiles contra venenos y los aconseja a los mordidos por bestias ponzoñosas o alacranes³¹.

¿De dónde sale esta narración según la cual la Corte de Carlos I y los médicos de cámara estarían sumidos en la más tenebrosa de las ignorancias supersticiosas? Hay que acudir al historiador de los Papas, Gonzalo de Illescas (1518?-1583?), para conocer la historia tal como se transmitió cuando sucedió. Dice así: las fiestas {por el nacimiento del heredero, Don Carlos} se tornaron en luto de la Princesa, su madre. *La cual falleció domingo a doce días del mismo mes de julio, cuatro días después de parida. Fue su muerte repentina, y ocasionada, por un descuido de ciertas señoras portuguesas que tenían el cuidado de regirla. Contose entonces esta desgracia de muchas maneras, por unos decían que de mudar la ropa sin tiempo había muerto; y otros que de comer un limón se le había subido la madre al estómago; y otros lo atribuían a otros achaques. Pero lo que más cristianamente se debe decir y creer es que fue así la voluntad del Señor, en cuya mano está la vida y muerte de todos nosotros*³².

En donde, aparentemente, se cuenta lo mismo, dejando de lado las tenebrosidades inquisitoriales y atribuyendo el descuido a damas portuguesas, no españolas. Lo del cambio de camisa ya se ha explicado conforme a los conocimientos del momento. Lo del limón, ahora también. Según pensaban, el cítrico, por su acidez, le hizo subir la madre, es decir el útero³³ y debido a eso murió. Una explicación racionalmente ade-

³⁰ LOBERA DE ÁVILA, Luis (1542) cap. XLII.

³¹ LAGUNA, Andrés (1566) Libro I, cap. CXXXI.

³² ILLESCAS, Gonzalo de (1606).

³³ ROJO VEGA, Anastasio (1993), p. 60. Si se desea saber lo que pensaban sobre éste tema en la época, se puede consultar el texto del cirujano Juan Fragoso (ca. 1530-1597): FRAGOSO, Juan (1627) fol. 163 y ss. TERREROS Y PÁNDO, Esteban (1787) señala: *madre o matriz, la parte o miembro de la hembra en que se cría y mantiene el feto*.

cuada a los conocimientos fisiológicos del momento y apartada de cualquier creencia supersticiosa para la época del suceso.

Hoy en día, casi todos los médicos e historiadores de la Medicina consideran el fallecimiento debido a unas fiebres puerperales³⁴. Aparecen transcurridos unos tres días del parto y se deben a infecciones producidas durante el mismo, muy a menudo con consecuencias fatales. No es de extrañar que tal cosa sucediera. Pasaba con mucha frecuencia y más si habían estado manipulando vaginalmente a la parturienta durante dos días sin tener el más mínimo cuidado higiénico. En la actualidad, como todas las infecciones, puede tratarse mediante antibióticos. Fueron la causa de muerte para infinidad de mujeres hasta que un médico húngaro de origen alemán, Ignác Semmelweis (1818-1865) observó, en el Hospital General de Viena, que el índice de mortalidad maternal tras el parto, descendía vertiginosamente con la sencilla tarea de que los médicos y matronas se lavaran cuidadosamente las manos, antes de proceder a intervenir en los alumbramientos. Su descubrimiento, lejos de llevarle a la fama, le obligó a regresar su Hungría natal ante los ataques de los obstetras más prestigiosos del momento, quienes continuaron con su persecución hasta su fallecimiento en un manicomio³⁵. Si este médico, a mediados del siglo XIX, tuvo tantísimos problemas para ver reconocido su sencillo método de lavarse las manos con el fin de evitar las infecciones entre las parturientas, pese a que en la actualidad se le conoce con el sobrenombre de *salvador de las madres*, resulta anacrónico y absurdo acusar a los sanadores españoles del siglo XVI de ignorancia y superstición, máxime si nos atenemos a la narración de lo sucedido y de los cuidados proporcionados a la joven madre, evidentemente erróneos pero adecuados a los conocimientos de la época.

El tema, sin embargo, no acabó así. La Infanta había traído consigo a un médico portugués. El galeno, que había estudiado en Bolonia, era extremadamente feo, enano, cabezón y no logró la confianza del Príncipe ni de los médicos de su casa. Trató de curar a su señora lavándola con agua de sal y administrándole infusiones sudoríficas de hierbas medicinales, pero hubo de hacerlo casi en secreto, ante la hostilidad de los médicos castellanos y del propio Príncipe. Los doctores de Castilla, aferrados a la terapéutica más clásica y torturante, sangraban a la Princesa todas las mañanas para tratar de aliviarle de la fiebre, con lo cual agravaban sus males, aunque la misma terapia la utilizaban con su señor. Cuando adivinó el final, el médico portugués mandó ensillar su mula, recogió los pocos bártulos de su propiedad y escapó a Lisboa, para

³⁴ JUNCEDA AVELLO, Enrique (2001), pp. 95 y ss.; OLIVEROS DE CASTRO, María Teresa; SUBIZA MARTÍN, Eliseo (1956), pp. 40 y ss.; MACÍAS DE TORRES, E. (1965) considera que no fue una hemorragia post-partum, ni una infección puerperal. Para él se trató de una embolia pulmonar.

³⁵ LÓPEZ PINERO, José María (2002), p. 568. El escritor y médico Louis-Ferdinand Céline (1894-1961) escribió su tesis doctoral sobre este autor: CELINE, Louis-Ferdinand (1968); THORWALD, Jürgen (2016).

informar a la Reina portuguesa y quejarse de la ignorancia de sus colegas castellanos³⁶.

Evidentemente el portugués sólo trataba de salvar su reputación —y acaso su vida— ante la Corte lisboeta. Sus métodos eran menos agresivos que los de los facultativos españoles empeñados en el humanismo galenista, pero ambos habrían dado el mismo resultado. Resulta absurdo acusar a los hispanos de ignorancia cuando la mejor Medicina de la época se efectuó en España y en los territorios de la Corona española, la cual, además, atrajo a su seno a alguno de los más destacados médicos del momento, en una época dorada para el arte de curar en España. Simplemente los conocimientos y las técnicas renacentistas estaban en mantillas y son imposibles de juzgar salvo comparándolas con las de otros lugares en la misma época.

Pese a ello, con esos falsos elementos de superstición, ignorancia y desamor, se tejió una parte de la leyenda negra según la cual el Príncipe, o bien la mandó asesinar, o no la cuidó adecuadamente.

En la conducta de Felipe se observa idéntica falta de conocimiento sobre el asunto que en cualquier hombre de su época, por muy ilustrado que fuera, pero mucha mayor solicitud y cuidado que hubiese tenido cualquier otra parturienta, para las cuales el parto era siempre un riesgo mortal.

La esposa portuguesa fue atendida espiritualmente en su lecho de muerte por los jesuitas Pedro Fabro (1506-1546) co-fundador de la Compañía de Jesús, canonizado en 2013 y Antonio Araoz (1516-1573)³⁷.

El cuerpo fue depositado en el monasterio de San Pablo en Valladolid, perteneciente a los dominicos, situado frente al palacio del Comendador, Francisco de los Cobos, en donde había tenido lugar el parto. Posteriormente se trasladó a la capilla Real de Granada y en 1574 al monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Las honras fúnebres se efectuaron *con la solemnidad que se acostumbra y con toda la demostración de sentimiento que era razón*. Se llevaron a cabo por todo el Reino³⁸.

La ceremonia mortuoria oficial, presidida por el Emperador, se celebró en Bruselas, sin la asistencia de Felipe, el 26 de agosto³⁹. Tampoco asistió a las honras oficia-

³⁶ PFANDL, Ludwig (1942), pp. 98 y ss.

³⁷ PFANDL, Ludwig (2010), p. 78. Señala que lo dilatado del parto se debió a que la posición del niño no era la normal. Este historiador también manifiesta su opinión sobre que la causa de la muerte fueron las fiebres puerperales.

³⁸ Carta del Comendador Mayor de León al emperador. CODOIN T. XXVI, pp. 469-478, cit. MARCH, José M. (1941), pp. 186-191.

³⁹ RODRÍGUEZ RAMOS, Prudencio (1994), pp. 23-32.

das en Valladolid, con gran pompa, en la capilla del mismo monasterio de San Pablo, por el Cardenal Juan Pardo de Tavera (1472-1545)⁴⁰, en lo que fue su último servicio a la monarquía, pues murió en esa ciudad el 1 de agosto de ese año.

UNA NUEVA VIDA

Los primeros meses

Ante el fallecimiento de su esposa, Felipe reaccionó exactamente igual que lo había hecho su padre cuando murió la suya. Se retiró al monasterio franciscano de *Scala Coeli*, sito en el paraje del Abrojo, en Laguna de Duero, a unos siete kilómetros de la capital. En sus inmediaciones había un palacio utilizado por sus abuelos y su padre. Allí pasó una temporada de soledad, desentendiéndose de cuanto sucedía en la Corte y en su familia. No asistió ni a los funerales por su esposa ni al bautizo del niño.

Se vio obligado a volver a la ciudad, el cuatro de agosto, dado lo malsano de la residencia elegida.

De todo lo referente a la subsistencia, cuidado y educación del nuevo Habsburgo se encargó el Emperador hasta su abdicación (1555) ayudado primero por Francisco de los Cobos, mientras estuvo con vida (1547) y luego por doña Leonor Mascareñas, el aya elegida de forma consensuada entre Carlos y Felipe⁴¹, quien llegó a Valladolid durante los dos días precedentes al bautizo.

Leonor Mascareñas era una dama portuguesa, perteneciente a la Corte de María de Aragón, segunda esposa de Manuel I de Portugal. Acompañó a la futura Emperatriz Isabel a España. En 1529 sustituyó a doña Inés Manrique como aya del futuro Felipe II. Lo fue también de sus hermanas, María y Juana. Permaneció al lado del Príncipe Felipe hasta 1535, en que se le formó casa y se le separó del séquito femenino, pero siguió en calidad de dama de la Emperatriz. A su fallecimiento, en 1539, continuó como dama de las Infantas María y Juana. El 1 de septiembre de 1545 fue nombrada aya del Infante Carlos a instancias del Príncipe, muy satisfecho de lo bien que había realizado su oficio con él mismo. Continuó en su puesto hasta la formación de la casa del Príncipe Carlos.

Se caracterizó por un fuerte sentimiento religioso. Al parecer hizo voto de castidad y, tras dejar la Real Casa, fundó el convento de Nuestra Señora de los Ángeles en Madrid, en donde la visitó con frecuencia Don Carlos.

⁴⁰ ANTOLÍNEZ de BURGOS, Juan (1887), p. 169.

⁴¹ PORREÑO, Baltasar (1942), p. 104. *Doña Leonor Mascareñas, de nación portuguesa, fue aya del Rey, y después, del Príncipe Don Carlos, y cuando su Majestad la dio el título de aya del Príncipe, la dijo con gran modestia las siguientes palabras: mi hijo queda sin madre, vos lo habéis de ser suya, tratádmelo como a tal.*

Mantuvo amistad con Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús⁴².

El Emperador decidió que se cristianara a su nieto sin fausto -en consideración a la muerte de su madre- el dos de agosto, en la iglesia del Rosario -hoy desaparecida- situada junto al palacio del Marqués de Camarasa, perteneciente a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario⁴³.

Le bautizó Juan Martínez Silíceo (1486-1557), entonces Obispo de Cartagena y Capellán Mayor de la Casa del Príncipe Felipe⁴⁴. Todos los padrinos fueron portugueses: Esteban de Almeida († 1563), Obispo de León entre 1542 y 1546, fecha en que fue nombrado para el mismo puesto en Cartagena; Alejo de Meneses o Menezes, que había venido con la Infanta portuguesa y luego fue el ayo del también desdichado Rey Don Sebastián I de Portugal (1558-1574). Las madrinas fueron las camareras de la Infanta portuguesa, Guiomar de Melo, que había sido también Camarera Mayor de la Emperatriz Isabel, y Margarita de Mendoza. Se le impuso el nombre de Carlos, como su abuelo, en una ceremonia falta de pompa y relumbrón, tanto por la situación de luto a consecuencia del fallecimiento materno, como por las personalidades implicadas en el mismo⁴⁵.

Antes de cualquier otra provisión, el Comendador, Francisco de los Cobos, se vio obligado a ocuparse de buscar una buena ama de cría. La encontraron en Ana de Luzón, esposa de Gaspar de Osorio⁴⁶. La elección no era tarea sencilla ni secundaria. Debía gozar de buena salud, abundante leche e impecable filiación religiosa racial.

Si en la actualidad se tomarían precauciones para que no transmitiera enfermedades infecciosas al lactante, en el Renacimiento, ajenos por completo a la idea del contagio biológico y, desde luego, a la etiología del mismo, temían otro tipo de contagio. Se trataba de uno, de tipo mágico, mediante el cual pudiera transmitirse la herejía a través de la leche. Por ello ponían mucho cuidado en la búsqueda de las nodrizas, máxime si habían de amamantar a una persona real.

La lactancia era larga, entre dieciocho y veinticuatro meses. A veces hasta los tres años. No existía sustituto alguno a la leche materna, aunque en ocasiones se intentaba con la de otros animales. Las nodrizas estaban vedadas para el contacto carnal con los varones, recibían un salario durante su servicio y, si el mismo era satisfactorio, conse-

⁴² LABRADOR ARROYO, Félix (2012).

⁴³ ANTOLÍNEZ de BURGOS, Juan (1887), p. 169, dice que ofició el Cardenal Tavera, lo que es imposible pues había muerto el día antes.

⁴⁴ MARTÍNEZ MILLÁN, José; FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (2001).

⁴⁵ Todo lo referente al bautizo se lo contó al Emperador Francisco de los Cobos, Comendador Mayor de León. CODOIN, T. XXVI, pp. 469-478, cit. por: MARCH, José M. (1941) T. I, pp. 186-191.

⁴⁶ RODRÍGUEZ RAMOS, Prudencio (1994), pp. 23-32. VILAR SÁNCHEZ, Juan (2015).

guían buenos empleos para sus maridos o hijos⁴⁷. Los primeros seis meses de crianza fueron absolutamente normales, a juzgar por las cartas enviadas por Cobos al Emperador en agosto de ese año, a quien también informaba de la buena salud del neonato y de su belleza: *está tan bonito que es placer verle*, le escribía⁴⁸.

El aspecto físico del Príncipe Carlos

Sobre la supuesta hermosura del bebé es uno de los pocos testimonios que tenemos. Luis Fernández y Fernández de Retana, pone en tela de juicio la afirmación de Cobos⁴⁹. Según este autor, se decía que era canijo, raquítico, de miembros atrofiados, de cabeza gruesa y disforme, con ojillos tristes y frente abultada. Duda si la carta de Cobos fue consecuencia de su deseo de adular y tranquilizar al Emperador o de que, al estar fajado el bebé, los hombres podían equivocarse al verlo. Me parece más próximo a la realidad lo redactado por el historiador que lo afirmado por el cortesano.

Si tenemos en cuenta los testimonios de los embajadores venecianos: Federico Baodero⁵⁰ en 1557, Paolo Tiépolo en 1563 y el del Barón Adam von Dietrichtein, embajador imperial, en 1564, cuando el Príncipe Carlos tenía doce, dieciocho y diecinueve años, nos encontramos con un joven con una cabeza de gran tamaño; el brazo y la pierna derecha menos largos que los respectivos miembros del lado izquierdo; una pequeña giba, probablemente causada por una escoliosis, y ciertas dificultades en la movilidad del lado derecho de su cuerpo.

Conocemos las precauciones necesarias para hacer caso a los informes de los embajadores venecianos.

Obligados, desde 1296, a redactar una relación meticulosa de los acontecimientos sucedidos durante su misión, destinada a ser leída ante el Senado veneciano, se veían impelidos a hacerse eco de cuantos cotilleos y rumores circulaban por la Corte. La situación se acrecentaba en una, como la española, especialmente hermética respecto a las reales personas desde el establecimiento de la etiqueta borgoñona en 1548. Pese a esas circunstancias, si algo es creíble es la descripción de los personajes “pintados a lo vivo” y ante su presencia o de segunda mano a través de los chismorreos cortesanos, máxime si en lo fundamental coinciden entre sí y con la del embajador imperial,

⁴⁷ MARTÍNEZ LLAMAS, Antonio (1996 pp. 194 y ss. En el Reino de Castilla la elección de nodrizas estaba regida por la ley tercera, del título siete, de la segunda partida. V. Real Academia de la Historia (1807) Tomo II, p. 45.

⁴⁸ CODOIN T. XXVI, pp. 469-478; AGS Estado, leg. 69; Minuta del Comendador Mayor al Emperador desde Valladolid, 13 de agosto de 1545. MORENO ESPINOSA, Gerardo (2006), p. 51. cit. pr: MARCH, José M. (1941), pp. 186-191.

⁴⁹ FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis (1981), p. 221.

⁵⁰ Este embajador jamás estuvo en España. Sus informaciones proceden de los cotilleos de la Corte en Bruselas. V. GACHARD, M. (1856), pp. 63 y ss.

personalmente empeñado en dar una imagen correcta a su señor de quien se postulaba como esposo de su hija Ana⁵¹.

Más dificultosa sería la identificación física del Príncipe Carlos si acudimos a sus retratos⁵². Tras el primero, efectuado en 1553 por un autor desconocido para entregarlo a Leonor de Mascareñas, tenemos los efectuados por Alonso Sánchez Coello (1531-1588).

Comienza con uno, conservado en el Museo del Prado de Madrid. Lo pintó hacia 1557, cuando el modelo tendría unos doce años de edad, momento en que el pintor regresó de Portugal para unirse a la Casa de la Princesa Juana en Valladolid.

Cuando nos quejamos de los trampantojos capaces de realizarse, en la actualidad, con el trucaje de las fotografías mediante medios muy diversos, no debemos dejar de lado lo realizado por los pintores de cámara. Evidentemente Doña Juana no iba a permitir un retrato desfavorecedor de su sobrino. El pintor se vio obligado a efectuar verdaderos equilibrios con la realidad física. Lo feo, asimétrico o disforme, lo ocultó o sublimó de varias maneras. En primer lugar, vistió lujosísimamente al muchacho, con lo cual, lejos de ser inexacto, reflejó una de las aficiones del Príncipe dado a la largueza en su embellecimiento personal. La posición, medio de frente, suaviza el labio bello y el prognatismo de los Habsburgo, aunque la mayoría de los cortesanos coinciden en que estas características estaban ausentes de la fisonomía del heredero. También, junto a la hermosa gorra negra de copa aplastada y emplumada, la posible desproporción de la cabeza, que nos aparece más alargada que ancha. La capa, forrada de lince, disimula una probable diferencia en los hombros. Si nos fijamos mucho, puede aparecer levemente y atribuirse a un deseo del pintor por obtener una determinada perspectiva. La chepa, claro, queda a la espalda y tapada. No sabemos cómo se las ingenió con las piernas, acaso no bien, pues el cuadro se cortó por ellas, pero la composición, gracias a su maestría, paleta colorista y tratamiento pictórico de los tejidos, es francamente bella. Nos proporciona la imagen de un muchacho investido de realeza, acaso con los ojos excesivamente tristes.

El segundo cuadro se lo pintó hacia 1564 para presentarle ante la Corte del Emperador con cuya hija, Ana, estaba prometido. Conservado en el Kunsthistorisches Museum de Viena lo realizó con menos cuidado. Por la postura se adivinan más las dife-

⁵¹ GANIVET, Ángel (2016), pp. 16-17. *Los célebres agentes políticos que las repúblicas italianas enviaban al extranjero, los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales de periódico, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban, mientras que los diplomáticos que se consideraban "seres superiores" escribían despachos apelmazados y huecos, útiles sólo, en general, para que los roan los ratones en los archivos.*

⁵² Las representaciones del Príncipe han sido estudiadas exhaustivamente por GONZÁLEZ GARCÍA, Juan Luis (2015).

rencias de longitud entre los brazos y las piernas, (aunque sólo si se conoce previamente el hecho). La expresión de la cara, tal vez al quererla presentar con mayor madurez, resulta mucho más amenazante o siniestra. En sus ojos no se adivina tristeza, sino una altivez exagerada para lo que fue su realidad vital, aunque corresponde a una de sus características psicológicas puestas en evidencia por sus contemporáneos.

El cuadro de este autor en el que aparece un joven más normal es el conservado en el Museu Nacional Soares dos Reis de Oporto. Claro que es un busto. También lo sitúa de medio perfil y la cabeza se funde en las sombras⁵³.

De hacia 1565 existe una representación suya en el convento de las Descalzas Reales, atribuido a Jorge de Rúa o Georges van der Straeten (fl.1552-1577), antes asignado al portugués Cristóbal de Morais o de Morales (fl.1551-1571), el cual forma parte de una colección de retratos familiares de la Princesa Juana.

Quien más le gustó como retratista al propio Príncipe fue Sofonisba Anguissola (1535-1625) profesora de pintura y dama de compañía de Isabel de Valois. Hacia 1567 le efectuó un retrato muy idealizado. Del mismo encargo diecinueve copias a Sánchez Coello⁵⁴. Aparece como un guapo mozo enteramente normal; perfectamente vestido, alhajado y con un leve matiz soñador en la mirada. Este retrato sirvió de modelo a Pompeo Leoni (ca. 1553-1608) para el cenotafio de Don Carlos en la basílica del monasterio de San Lorenzo del Escorial. También le incluyó en el grupo escultórico en donde aparece orando junto a toda la familia en el presbiterio del monasterio, conforme a esa misma imagen de joven fuerte y templado.

El mismo escultor, al poco de llegar a la corte española, recibió el encargo de hacer tres medallas en cuyo anverso se mostrara su rostro y en el reverso alegorías a su prudencia, piedad y bondad.

Muy distinta es la representación del Príncipe por Francisco Bayeu (1734-1795) en el fresco pintado en el claustro de la catedral de Toledo. Refleja el traslado de las reliquias de San Eugenio. En el mismo se representan a Felipe II, los Archiduques Ernesto y Rodolfo y Don Carlos. Aquí ya aparece desmedrado y cabezón, pero la pintura se efectuó mucho después de su muerte y si los pintores anteriores dulcificaron la realidad, tal vez Bayeu la deformó sin basarse en cuestiones objetivas.

También se conserva un grabado⁵⁵ que, al parecer, acompañaba al manuscrito de Henrique Cock (ca. 1540-1598)⁵⁶. Nos presenta un Príncipe Carlos sin ninguna de las características de los Habsburgo, ni el labio belfo, ni el prognatismo, y extremadamente cabezón. Si lo vio, probablemente no fue de su agrado.

⁵³ JORDAN, Annemarie (1999); GARRIDO, Carmen (1990).

⁵⁴ KUSCHE, María (2000).

⁵⁵ Lo podemos ver en: GARCÍA SIMÓN, Agustín (1995), p. 44.

⁵⁶ COCK, Henrique (1876).